

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.ª SERIE ↔ BARCELONA, febrero de 1895 ↔ NÚMERO 20

— Con el presente número se entregará el cuaderno 20 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



FUGA DEL CONDE DE NITHSDALE: Uno de los lores se levantó...

SUMARIO

Fuga del conde de Nithsdale.—La cacería.—El Tonkin.—Hortensia de Castro (*continuación*).—Variedades.—Pensamientos.

FUGA DEL CONDE DE NITHSDALE

SEGÚN SE REFIERE EN UNA CARTA DE LA CONDESA DE NITHSDALE Á SU HERMANA, ABADESA DEL CONVENTO DE MONJAS AGUSTINAS EN BRUJAS.

Febrero, 1876

«Querida hermana: la fuga de mi esposo es ya una historia tan antigua que casi la he olvidado; pero, puesto que deseas un informe detallado sobre el hecho, trataré de recordarla, haciéndote la narración con toda la exactitud posible. Paréceme que puedo hacerme la justicia de exponer los motivos que influyeron para inducirme á tan peligrosa tentativa, de cuyo buen éxito desesperaba ya, á causa de obstáculos que no podían vencerse sino á intervención de la divina Providencia.

»Marché á Londres apenas supe que mi esposo estaba encerrado en la Torre, y desde luego se me dijo que tenía los mayores deseos de verme, pues faltábale una persona que le consolara. Corré á Newcastle, y desde aquí tomé el coche para York; pero, al llegar, tal era la profundidad de la nieve, que el coche no pudo salir para Londres. Hacía tanto frío y los caminos estaban tan malos, que hasta el correo debió detenerse. Sin embargo, busqué caballos y me dirigí á Londres, con nieve hasta las cinchas de los pobres cuadrúpedos, lo cual no impidió que llegase sin ningún accidente.

»Una vez en la capital, lo primero que hice fué buscar el favor de cuantos yo conocía; pero nadie me dió esperanzas. Muy lejos de ello, todos me aseguraron que, si bien algunos de los prisioneros serían perdonados, mi esposo no alcanzaría esta gracia. Cuando pregunté cuál era la causa de esto, contestaronme que no querían infundirme vanas esperanzas; pero pronto reconocí las razones que no quisieron alegar. Un católico romano en las fronteras de Escocia, jefe de un partido numeroso, un hombre cuya familia se había señalado por la lealtad en sus servicios á la real casa de los Estuardos, y que era el único apoyo de los católicos contra los whigs, muy poderosos por su número en aquella parte de Escocia, sería un sacrificio agradable para el partido opuesto. Aún conservaban el vivo recuerdo de su abuelo, que defendió su propio castillo de Caerlaverock hasta el último extremo, sin consentir en rendirse hasta que recibió orden expresa de su soberano. Ahora bien: teniendo los whigs en su poder al nieto, habían resuelto no dejarle escapar de sus manos.

»Persuadida de todo esto, determiné hacer una tentativa para proporcionar la fuga á mi esposo; pero no confié mi proyecto á nadie más que á mi querido Evans. A fin de concertar las

medidas, insistí en que se me permitiera ver á mi marido, gracia que me rehusaron, á menos de que consintiese en quedar encerrada con él en la Torre. No me sometí á esta condición, y alegué que mi salud no me lo permitía; pero el motivo de mi negativa era, como ya se comprenderá, no privarme de los medios de realizar mi proyecto. Sin embargo, pude sobornar á los guardianes, y á menudo conseguí ver á mi esposo, hasta que llegó el día en que se condenó á los prisioneros. Después de esto, y durante la última semana, se nos permitió verlos y despedirnos. Con el auxilio de Evans había preparado todo lo necesario para disfrazar á mi esposo; pero me costó mucho conseguir que consintiese, si bien le convencí, al fin.

»El día 22 de febrero, que cayó en miércoles, se presentó á la Cámara de los Lores nuestra petición general, que tenía por objeto suplicar que intercediesen para que S. M. perdonase á los prisioneros; mas no se obtuvo resultado, pues el día antes de presentarse la solicitud, el duque de Saint-Alban, que había prometido interponer su influencia, faltó á su palabra. Solamente nos quedaba un día de tiempo, pues al siguiente debíase ejecutar á los prisioneros. El duque prometió de nuevo presentar la petición; pero, temiendo que no lo hiciese, apelé al duque de Montrose. Después fuí á reunirme con las damas más notables de la ciudad, para excitar el interés de los Lores cuando fueran á la Cámara. Todos me trataron cortésmente, pero en particular el conde de Pembroke, que, si bien me rogó no le hablara, prometióme interesarse en mi favor, y cumplió su palabra caballerosamente, pues habló con mucha energía en defensa nuestra.

»El asunto del debate tuvo por objeto determinar si el rey podía ejercer prerrogativa alguna para perdonar á los que el Parlamento había condenado, y al discurso del conde de Pembroke se debió, en particular, que se contestara con la afirmativa; pero uno de los Lores se levantó y dijo que la Cámara no podía interceder sino por aquellos que resultaran dignos de ser absueltos, y no por todos sin distinción. Esto dió al traste con todas mis esperanzas, porque estaba segura que se trataba de excluir de la gracia á los que rehusasen adherirse á la petición, con la cual estaba segura que no se conformaría mi esposo, ni yo tampoco hubiera deseado que conservara su vida con las condiciones impuestas.

»Como la petición había sido aprobada generalmente, pensé que podría obtener de esto alguna ventaja en favor de mi proyecto; y, en su consecuencia, salí de la Cámara al punto y me dirigí á la Torre, donde, aparentando la mayor alegría y satisfacción, dije á los guardianes que era portadora de buenas noticias para los prisioneros. Manifesté á estos últimos que debían desechar sus temores, porque la petición había sido aprobada, y después di algunas monedas á los carceleros para que bebieran á la salud de los Lores y de S. M. No les entregué más que una florera, pensando que si me mostraba demasiado liberal con ellos podrían sos-

pechar mis designios, mientras que, dándoles poco dinero, me granjeaba su buena voluntad, y tal vez me sirvieran en algo al otro día, víspera de la ejecución.

»A la mañana siguiente no pude ir á la Torre porque tenía muchas cosas que preparar; mas, por la tarde, cuando todo estuvo concluido, envié á buscar á la Sra. Mills, en cuya casa tenía mi alojamiento, y comuniquele mi proyecto de intentar la fuga de mi esposo, por no haber esperanza de que se le perdonase y ser aquélla la última noche antes de la ejecución. Díjele que lo tenía todo preparado y que confiaba en que no rehusaría acompañarme, á fin de que mi esposo pudiera pasar por ella. Supliquéle que viniese inmediatamente, pues no se debía perder un instante, y al mismo tiempo envié á buscar á la Sra. Morgan, á la cual me había presentado mi querido Evans, y á la que comunique también mi resolución. Como era una mujer muy alta y delgada, le rogué que se pusiera bajo su capilla una que yo había preparado para la Sra. Mills, quien debía prestar la suya á mi esposo, á fin de que al salir se le tomase por ella. Esta señora no solamente era de la misma estatura que mi esposo, sino también muy semejante por las formas. Cuando estuvimos en el coche, no dejé de hablarles de continuo, á fin de no darles tiempo para que reflexionaran, pues su sorpresa y asombro fueron tales cuando les comunique mi proyecto, que consintieron, sin pensar siquiera en sus consecuencias.

»A nuestra llegada á la Torre introduje primero á la Sra. Morgan, pues no se me permitía entrar más que con una persona á la vez; llevaba las ropas que debía ponerse la señora Mills, cuando dejara las suyas. Apenas la de Morgan se hubo despojado de los efectos que le confié, condújela otra vez á la escalera, rogándole que me enviase mi doncella para vestirme, pues temería llegar tarde á presentar mi última petición aquella noche si no regresaba pronto. La despaché sin dificultad alguna, y después bajé para buscar á la Sra. Mills, que tuvo la precaución de aplicarse el pañuelo al rostro, como es natural que lo haga una mujer cuando va á despedirse por última vez de un amigo en la víspera de su ejecución. Yo se lo había aconsejado así, para que mi esposo pudiera también ocultarse el semblante de igual manera.

»Los pobres guardianes, agradecidos á mi ligera liberalidad del día antes, me dejaron entrar y salir con mi compañera, y no ejercían tan atenta vigilancia como de costumbre, tanto más cuanto que estaban persuadidos por lo que yo les había dicho el día antes respecto al perdón de los prisioneros. Invité á la señora Mills á despojarse de su capilla, á fin de ponérse la que llevaba para ella, y, cogiéndola después de la mano, condújela fuera de la habitación de mi esposo; pasé á la inmediata, en la cual había varias personas, y dije á mi amiga: —Querida Catalina: hágame el favor de ir corriendo á buscar á mi doncella, pues, sin duda, no reflexiona que ya es muy tarde. Debo

presentar mi petición esta noche, y si dejo pasar la oportunidad estoy perdida, pues mañana será demasiado tarde.

»Todas las personas que estaban en la habitación, y que eran principalmente las mujeres é hijas de los guardianes, me compadecieron, al parecer, y el centinela me abrió oficiosamente la puerta. Cuando vi á la Sra. Mills fuera, volví á reunirme con mi esposo y acabé de vestirle. Había tenido buen cuidado de que mi amiga no saliese llorando, como lo hizo al entrar, á fin de que mi esposo pudiera pasar mejor por ella. Cuando acabé de vestir al conde, poniéndole mis faldas interiores, excepto una, noté que anochecía, y temí que las luces nos descubriesen, por lo cual determiné obrar al punto. Salí, cogiendo de la mano á mi esposo, que se aplicaba el pañuelo á la cara, y le hablé con acento afligido, quejándome amargamente de la negligencia de Evans, quien me había perdido con su tardanza. Después añadí: —Amiga Betty: ¡por amor de Dios, vaya V. corriendo y vuelva con ella! Ya sabe V. dónde vivo, y le ruego tenga V. presente que estoy poseída de la mayor angustia.

»Los guardias me abrieron la puerta, y bajé con él la escalera, conjurándole aún á darse prisa; pero hízelle pasar delante de mí, por temor de que el centinela notase su modo de andar. Al pie de la escalera encontré á mi querido Evans, en cuyas manos le confié. Yo había encargado al Sr. Mills que esperase delante de la Torre, para ocultar á mi esposo en algún lugar seguro, en el caso de que mi plan se llevara á cabo. El buen hombre lo juzgaba imposible; y tal fué su asombro y consternación al vernos, que temí que comprometiera el éxito; pero Evans, con la mayor presencia de ánimo, acompañó á mi esposo á casa de alguno de sus amigos, y el conde quedó en lugar seguro.

»Entretanto, como yo había aparentado enviar á mi amiga como mensajera, debí volver á la habitación de mi esposo, fingiendo la misma ansiedad; de modo que todos cuantos me vieron manifestaronme la mayor simpatía. Cuando estuve en la estancia, hablé como si mi marido se hallara allí. Contestaba yo á mis propias preguntas, imitando en lo posible la voz del conde, y paseaba de un lado á otro, cual si estuviéramos conversando, hasta que pensé que el fugitivo habría tenido tiempo suficiente para ponerse fuera de alcance. Entonces juzgué oportuno salir también. Abrí la puerta y detuve un momento en el umbral, para que los que estaban fuera pudiesen oír lo que yo decía, pero manteniendo aquélla entronizada, á fin de que no se pudiese ver el interior. Me despedí de mi esposo, ó, mejor dicho, aparenté hacerlo, diciendo que debía de haber ocurrido algún percance con Evans, porque no de otro modo se explicaba su descuido; que no veía otro remedio sino ir yo misma, y que si encontraba la Torre abierta después de practicar mis diligencias, volvería aquella misma noche. Dicho esto, y antes de cerrar la puerta, retiré la cuerda del pestillo para que no se pudiera abrir sino por dentro, y la cerré con

fuerza. Al salir, dije al criado que no llevara luces á mi esposo hasta que él las pidiera, porque deseaba terminar sus oraciones.

»Bajé presurosa, dirigíme hacia uno de los coches de parada que allí había, y no tardé en llegar á mi alojamiento, donde el pobre señor Mackenzie me había esperado para llevar mi petición, en caso de que el plan abortase. Díjelle que ya no era necesario llevar nada, porque mi esposo estaba fuera de la Torre y de las manos de sus enemigos, pero que ignoraba su paradero. Despedí el coche, envié á buscar una silla de manos y fui á casa de la duquesa de Buccleuch, quien debía esperarme, por haberle

»Cuando el rey tuvo conocimiento del hecho, entregóse á un acceso de cólera, y dijo que se le había hecho traición, no pudiendo ser aquello sino el resultado de la complicidad de varias personas. Acto continuo envió dos agentes á la Torre, con orden de que se custodiara bien á los demás prisioneros, á fin de evitar que se escapase algún otro. No faltó quien me atribuyera á mí la culpa; pero en la corte nadie tenía conocimiento del hecho.

»Cuando me separé de la duquesa fuí á una casa que Evans había buscado para mí y donde prometió decirme dónde se hallaba mi esposo. Llegó poco después de haber entrado yo, y



La Torre de Londres en 1720

rogado yo que presentara mi petición. Hallábase en su casa cuando yo llegué, y dijeronme que me esperaba; mas no quise subir, porque no estaba sola, y envié á decirle que tuviera la bondad de permitir á su doncella bajar, porque deseaba comunicarle alguna cosa. Había despedido también la silla, por temor de que me persiguieran y me vigilasen. Cuando bajó la doncella, le rogué que diera en mi nombre afectuosas expresiones á su señora y las más sinceras gracias, por haberse prestado á presentar mi petición, y añadí que no debía molestarse, porque se había acordado presentar una general.

»Después fué á casa de la duquesa de Montrose, que siempre se había interesado mucho por mí; y al observar mi alegría, cuando ella pensaba verme desesperada y angustiosa, creyó, según dijo después, que había perdido el juicio. Me aconsejó que me pusiera en salvo, pues el rey estaba sumamente enojado, y hasta colérico por la petición que yo le presenté, y la cual censuraba, quejándose de mi proceder. La duquesa se encargó de averiguar cuanto antes qué efecto había producido la noticia de la fuga de mi esposo.

manifestóme que, apenas hubo dejado al conde en lugar seguro, fué á buscar al Sr. Mills, que, recobrado ya de su sorpresa, había vuelto á su casa. Lo primero que hizo fué trasladar á mi esposo desde el lugar en que se hallaba á la habitación de una pobre mujer, que solamente pudo ofrecerle un aposento muy reducido y un catre pequeño. Allí hice compañía á mi esposo durante dos días, al cabo de los cuales presentóse el Sr. Mills para conducirle á la casa del embajador de Venecia. No quisimos explicar á este último el asunto; pero uno de sus criados le ocultó en su propia estancia hasta el día en que el coche del embajador debía salir para Dover en busca del hermano de Su Excelencia. Mi esposo se puso una librea y mezclóse entre los lacayos, sin despertar la menor sospecha, y sin el menor percance llegó á Dover, donde Miguel (así se llamaba el criado de confianza del embajador) fletó un pequeño barco, que se hizo á la vela inmediatamente para Calais. La travesía fué tan notablemente breve, que el capitán, haciendo varias reflexiones sobre esta circunstancia, dijo que el viento no hubiera servido mejor á pasajeros que hubieran huído para salvar sus vidas. ¡Po-



Como el rey no quisiera escucharme, me cogí al faldón de su levita

co podía pensar que aquél era, en realidad, el caso! Miguel habiera podido volver fácilmente sin despertar la menor sospecha de que hubiese intervenido en la fuga de mi esposo; pero el conde pareció inclinado á guardarle consigo, y se quedó.

»Esta es la relación exacta de aquel asunto

y de las personas que intervinieron en él, y doy fe de que es la pura verdad. En cuanto á mí, me refugié en la casa de una buena mujer que habitaba en Drury Lane, donde permanecí hasta que estuve segura de que mi esposo se hallaba en el Continente. Entonces me apresuré á escribir á la duquesa de Buccleuch (to-

dos creían hasta entonces que yo había huído con el conde) para decirle que comprendía que se sospechaba, naturalmente, que yo había contribuido á la fuga de mi esposo; que si fuera cierto, debía darme por muy contenta de haberlo conseguido, y de que se me atribuyera el mérito de la fuga; pero que una simple sospecha, sin tenerse la menor prueba, no era suficiente para castigarme á mí, lo cual no impedía que yo tratara de permanecer en sitio seguro. Terminaba mi carta rogando á la duquesa que influyese para que no me molestaran. Lejos de acceder á mi ruego, se resolvió apoderarse de mi persona, si era posible. Sin embargo, después de varios debates, el procurador general, que era extraño para mí, tuvo la humanidad de alegar que, habiendo dado una prueba de respeto al Gobierno al no presentarme en público, sería una crueldad buscarme; y, oído este parecer, resolvióse no hacer más pesquisas para apoderarse de mi persona mientras permaneciese oculta; pero que si me dejaba ver en Inglaterra ó en Escocia que se me detuviera. Yo no podía aceptar esto sin riesgo de ver á mi hijo expuesto á la mendicidad. Cuando pensaba en los medios que debía adoptar, mi esposo envió un mensajero para que fuese á reunirme con él inmediatamente, lo cual no me dejó tiempo para arreglar nada antes de salir de Escocia. Yo tenía en mi poder todos los documentos de familia, y no me atrevía á confiarlos á nadie; mientras que, por otra parte, podía temer que se practicara un registro en mi domicilio. En su consecuencia, resolví esconderlos bajo tierra, y nadie, sino yo y el jardinero, supo dónde se hallaban. Lo mismo hice con otros objetos de valor. Los hechos demostraron que yo había obrado prudentemente, porque después de mi marcha se registró mi habitación de arriba abajo, y solamente Dios sabe lo que habría sucedido, en el caso de descubrirse mis papeles.

»Me puse en camino para Escocia con mi querido Evans, valiéndome de varios disfraces y adoptando todos los medios posibles para no ser descubierta, pues temía mucho que me detuvieran. Nos deteníamos en las más miserables posadas, y, por fin, pude llegar á Dunfries.

»Apenas estuve en Escocia, algún diario publicó ya la noticia de mi viaje á este punto, á pesar de la prohibición del Gobierno.

»Una señora me dijo que el rey estaba sumamente enojado con este motivo, y que había expedido órdenes para que se me detuviera, diciendo que yo hacía lo que me daba la gana en contra de sus designios y que le había dado más disgustos y más que hacer que ninguna otra mujer de Europa. Al saber esto, permanecí tan oculta como fué posible, y entretanto consulté con un famoso abogado, hombre de reconocida probidad, quien me aconsejó que me marchara tan pronto como dejaran de buscarme. Hícelo así, y unos quince días después pude escapar sin el menor contratiempo. El abogado se fundó en que, si bien en cualesquiera otras circunstancias no se puede perseguir á una mujer por haber salvado á su esposo, en

casos de alta traición, según el rigor de la ley, la cabeza de la esposa es responsable de la del marido; y como el rey estaba muy irritado, debían temerse las consecuencias. La cólera del rey se acrecentó por haberle presentado yo una solicitud contrariamente á sus órdenes; pero mi esposo se había empeñado en ello, y yo quise complacerle. En su consecuencia, envié á buscar á mi amiga la Sra. Morgan y fui á palacio para presentarme al rey cuando salía de la sala del Consejo. Llegado el momento, y apenas abrió la puerta, me arrojé á sus pies, diciéndole qué yo era la desgraciada condesa de Nithsdale, y le supliqué con las más vivas instancias que admitiera mi petición. Como no quisiera escucharme, me cogí al faldón de su levita; quiso desasirse de mis manos; pero yo me agarraba con tal fuerza, que me arrastró hasta el centro de la habitación. Al fin, uno de los que le acompañaban me cogió por la cintura y obligóme á soltar la levita. En cuanto á mi solicitud, había caído al suelo; y tal fué mi disgusto, que casi me dejó mayé; pero el escrito, según supe después, fué entregado al canciller, y afortunadamente era lord Dorset, íntimo amigo de la Sra. Morgan. En su consecuencia, le escribí rogándole que interpusiese su influencia; pero nada conseguí, y el resultado final fué verme obligada, por consejo de todos, á salir del reino, pues mientras durase el odio del rey no podía estar segura; y como no era probable que yo escapara, en el caso de caer en sus manos, me sometí al destierro.

»Esto es, querida hermana, el verdadero relato de todo lo sucedido, y con esto creo dejar satisfechos tus deseos.

»Winifred Nithsdale.»

LA CHACERÍA

¿Habéis visto la superficie de un estanque, cuando la brisa riza las ondas suavemente y las empuja hasta deshacerlas contra la orilla? Si lo habéis visto, podréis formaros una idea muy aproximada de lo que son las grandes llanuras incultas de la América del Norte. El viento produce en las yerbas, que, cortadas por la mano del Creador, presentan un nivel tan perfecto como el del agua, los mismos efectos que en el líquido elemento, y, para que la semejanza sea más perfecta, escabrosas colinas rodean la pradera, semejando las orillas de un lago.

Por lo general, los únicos habitantes de las grandes praderas son los *buzardos* (1) y las marmotas llamadas *perros*. Los primeros espían el momento favorable para arrojarse sobre algún cadáver, resultado de las rapiñas del oso gris; los segundos, sentados á la entrada de sus numerosas madrigueras, comen tranquilamente, llevándose á la boca el alimento con las extremidades anteriores. De pronto,

(1) Especie de buitres.

los animalitos se precipitan en las profundidades de sus covachas, mientras las aves remontan su vuelo, espantados unos y otras por un sordo rumor que parece provenir de las lejanas colinas; rumor parecido al del huracán cuando avanza arrastrando á su paso todo lo que á él se opone. ¿Es realmente el viento? ¿Acaso será el rugido del oso gris, el ronco maullido del puma? No: es el rey de la pradera, el piel-roja; y no va uno solo, ni dos, sino cincuenta, ciento, tal vez más. Marchan de uno en uno, medio desnudos, sin más armas que un arco y una lanza, con sus tocados de plumas y sus calzones de piel de gamo, montados en caballos de feo aspecto, que un día fueron tan libres y salvajes como sus amos. Estos no hablan, no rien: van silenciosos como estatuas ecuestres, y, siguiendo á sus jefes, armados con carabinas y fusiles, bajan por un desfiladero y salen á la pradera. Cualquier observador acostumbrado á la vida del Far West (Lejano Oeste) puede notar, en los adornos y en las armas de estos hombres, que no van en son de guerra ni verifican una emigración. Nada de eso: van á buscar comida, vestidos, cubiertas para sus tiendas, y esto se lo proporciona, con su carne y con su piel, el bisonte, verdadero tesoro del indio, al cual acompaña en su decadencia.

Otros dos grupos acaban de llegar á la pradera. El más numeroso es el que motiva el viaje de los pieles-rojas: un rebaño de bisontes, de más de doscientas cabezas. Los poderosos rumiantes se detienen para arrancar con sus amarillentos dientes las altas yerbas, acostándose para rumiar ó revolcándose en el suelo, á fin de librarse de los parásitos, mientras las hembras amamantan á sus ternerillos. El otro grupo se compone de unos cuantos animales de aspecto canino y oscuro pelambre, conocidos en el país con el nombre de *coyotes*, ó lobos labradores, animales que no conocen el valor ó no han tenido ocasión de demostrarlo, por lo cual no se atreven á atacar más que á los animales pequeños ó enfermos.

En tanto, los indios han bajado de las colinas, y forman al rededor de los bisontes un gran círculo, ó, mejor dicho, una espiral cuyo extremo pronto penetra en la manada. Ésta trata de defenderse, pero se ve acorralada, y los animales no tienen más remedio que morir, cruelmente alanceados por sus enemigos. Al fin, algunos vigorosos machos logran abrirse paso, á cornadas, entre la línea de jinetes; dos ó tres de éstos se lanzan en su persecución; pero todo es inútil: la brecha está abierta, y antes de que pueda ser cerrada, el rebaño entero se precipita por ella y galopa libremente en la pradera.

Un grito de rabia se escapa de las bocas de los cazadores, que, revolviendo sus caballos, no tardan en dar alcance á los fugitivos bisontes. Entonces comienza una carrera loca, desenfrenada, en la que perseguidos y perseguidores se mezclan, se atropellan, procurando aventajarse los unos á los otros. Los rumiantes, sin dejar de correr, se defienden á cornadas, convirtiéndose á veces de perseguidos en persegui-

dores. Los caballos muerden, cocean, participando del belicoso ardor de sus amos, como si penetraran su pensamiento. Si algún indio observa que su corcel está herido y no puede continuar la carrera, salta ligeramente desde la silla al lomo de otro caballo, ó al de un bisonte, en cuyo caso se aprovecha de la ocasión para hundir su lanza entre las costillas de su extraña cabalgadura. No falta á esta rápida cabalgata su música, *galop* infernal en que actúan por partes iguales los mugidos de los rumiantes, los gritos de los cazadores, el continuo relinchar de sus corceles y las detonaciones de las armas de fuego.

El veloz grupo abandona el terreno herbáceo, cruza llanuras de yeso, levantando blanco polvo con la rapidez de la carrera, y, al fin, desaparece tra la línea del horizonte.

En la pradera sólo quedan las reses muertas, el cadáver de algún caballo y un viejo bisonte que, debilitado por los años y las heridas, trata de defenderse del grupo de lobos, los cuales, viéndole imposibilitado, se han lanzado en masa sobre él. Los buitres se preparan á tomar parte en el festín, y las marmotas vuelven á salir de sus madrigueras y presencian la escena, que, iluminada por la roja luz del sol poniente, pudiera ofrecer asunto para el pincel de Catlin, el inmortal pintor de la vida salvaje de América.

ANGEL CABRERA

EL «TONKIN»

(DE LA «ASTORIA» DE WASHINGTON IRVING)

El 28 de febrero de 1811, el *Tonkin*, capitán Thorn, se hizo á la vela en las islas de Sandwich con rumbo á la costa NO. de América. Durante dos días, el viento fué contrario, y el buque se vió obligado á detenerse en las inmediaciones; pero después sopló una brisa favorable, y fueron perdiéndose de vista los ricos prados, las verdes colinas y los nevados picos de aquellas islas afortunadas, que parecían desvanecerse bajo el cielo azul, mientras que el *To kin* proseguía su curso hacia las más tristes regiones del Pacífico.

Nada ocurrió de particular durante el viaje, como no fuese una violenta tempestad, de la cual se libró el buque sin averías, y el día 22 de marzo llegó á la desembocadura del Oregón, ó río Columbia.

El aspecto de esta corriente y de la costa inmediata era muy salvaje, y la región no dejaba de ser muy peligrosa: la desembocadura del *Columbia* tiene más de cuatro millas de ancho. En un lado hay una península ó promontorio; en el otro una lengua de tierra, y entre los dos una barra de arena y una línea de rompientes que casi cierran la entrada. El interior del país se eleva en series sucesivas de montañas que en la estación en que el *Tonkin* llegó estaban cubiertas de nieve.

Un viento fresco del NO. encrespaba las olas,

que llegaban tumultuosas á la costa y estrellábanse con furia contra la barra, formando después una especie de sábana de espuma á través de la desembocadura del río. Bajo estas circunstancias, el capitán del *Tonkin* no creyó prudente aproximarse á menos de tres leguas, hasta que se sondease la barra y se reconociera el canal. Fox, el primer marinero, recibió orden de encargarse de este servicio, para lo cual debía embarcarse en la ballenera, acompañado de Juan Martín, otro marinero que había visitado ya el río, y tres canadienses.

Fox solicitó que se le dejaran los marineros más entendidos para dirigir la barca; pero el capitán no quiso que el servicio del buque se resintiera de la ausencia de los hombres más útiles, y alegó que, siendo los canadienses barqueros muy prácticos en los lagos y ríos, los juzgaba competentes en aquel caso, sobre todo bajo la dirección de Fox y Martín. Pero Fox no manifestó en aquella ocasión la firmeza de espíritu que le distinguía, y parecía estar muy desanimado al encargarse del servicio que se le confiaba, tanto, que al hacer varias observaciones se le agolparon las lágrimas á los ojos.

—Debo marchar,—dijo,—sin marineros propios para conducir la barca en aguas muy tumultuosas y en el sitio más peligroso de la costa NO. Mi tío pereció en esa barra hace pocos años, y ahora voy á dejar yo allí los huesos.

Los socios del capitán, á quien Fox había hecho esta observación, intercedieron por él, atendida su inquietud; pero fué inútil, porque aquél había tenido alguna diferencia con Fox, al comenzar el viaje, porque le creía indolente y poco activo, y, sin duda, creyó que la repugnancia del marinero era debida á falta de verdadero espíritu náutico.

A eso de la una de la tarde, Fox y sus compañeros se embarcaron en la ballenera, que era muy pequeña y no de las mejores condiciones. Todas las miradas se fijaron en ella mientras se alejaba, elevándose y hundiéndose entre las alborotadas olas, hasta que, al fin, penetró entre las humeantes rompientes y perdióse de vista muy pronto. Oscureció, cerró la noche, y al rayar el día no se vió tampoco el bote.

Como el viento había calmado, el buque permaneció cerca de tierra para dominar bien la desembocadura del río. No se veía más que un caos de agitadas olas que iban á estrellarse junto á la barra, formando, al parecer, una barrera entre ambas orillas. A la caída de la tarde, el buque se adelantó un poco más allá del sitio que ocupaba, y en todos los semblantes notábase una expresión de tristeza. El mismo capitán participaba de la ansiedad general, y, sin duda, se arrepentía de haber insistido en sus órdenes. Siguióse otra noche, durante la cual se vigiló de continuo. El viento había perdido su fuerza, y el tiempo volvía á estar sereno.

Al día siguiente, el *Tonkin*, que se había acercado á tierra, ancló al N. de la península ó promontorio que forma la entrada en esta dirección y que se designa con el nombre de *Cabo del Desengaño*. Entonces se preparó la pinaza, y los dueños del buque, M. David Stuart y M. Mac-Kay, se embarcaron con objeto de ver si podían averiguar alguna cosa sobre la suerte de la ballenera. Sin embargo, la resaca se estrellaba tan violentamente contra la orilla, que no hallaron ningún punto para desembarcar sin peligro. Varios naturales aparecieron en la playa é hicieron señas para que remaran al rededor del Cabo; pero les pareció más prudente volver al buque.

Como el viento comenzaba á soplar, el capitán del *Tonkin* quiso buscar el canal; pero detuvo de nuevo el terrorífico aspecto de las rompientes. Entonces el segundo marinero se embarcó con otros cuatro en la pinaza para explorar á través del canal hasta que encontrase la profundidad necesaria; pero faltó poco para que se perdiera, y con dificultad pudo volver al buque.

(Se concluirá)

VARIEDADES

UN CAZADOR DE OSOS

Hace algunos días murió en Laviana el popular *Xuanón de Cabañaquinta*, célebre cazador de osos, cuya fama recorrió toda España.

Son innumerables la cacerías en que figuró, y en una de ellas, á la que asistió el general Prim, éste declaró que *Xuanón* era el mejor tirador de la península.

Seguramente, no se habrá olvidado la célebre apuesta hecha en Madrid y realizada en Zaragoza, en la que *Xuanón* venció á un campeón aragonés en el juego de la barra, siendo paseado después en hombros por las calles de la ciudad de la Pilarica.

El célebre cazador vistió siempre el pintoresco traje asturiano. Reunía destreza, arrojo, formas hercúleas, y, á pesar de sus setenta y dos años, todavía se le veía erguido como un joven por las calles de Oviedo.

►►► PENSAMIENTOS ◀◀◀

—La embriaguez tiene tres períodos. Alegra, excita y entristece.

Las personas que no pueden prescindir del vino, debieran contenerse para no pasar nunca del primer período, que es el de la borrachera en estado de lucidez.

—Desventurados los que tienen que fingir la risa!

—Convertir la lengua en puñal es degradar el verbo.